

**Fecha:** 11/04/1994

**Título:** Gaviria: ¿el trabajo sucio?

**Contenido:**

El presidente de Colombia, César Gaviria, acaba de repetir el milagro que en los años de la Colonia hizo famoso a San Martín de Porres: hacer comer fraternalmente en un mismo plato a un perro, a un ratón y a un gato.

En efecto, su elección el 27 de marzo, por 20 votos contra 14, que apoyaron a su adversario, el canciller de Costa Rica, Bernd Niehaus como futuro secretario general de la OEA (Organización de Estados Americanos) ha sido celebrada con la misma felicidad por tres sorprendentes aliados: Fidel Castro, Alberto Fujimori y el Gobierno del Presidente Clinton, el que, a costa de intensas gestiones y presiones con los Estados miembros, decidió el resultado de la consulta.

La alegría del presidente Fujimori con la elección de Gaviria es harto comprensible. Desde el golpe de Estado del 5 de abril de 1992 que él lideró (pero ejecutaron las Fuerzas Armadas), su situación es acaso más bien democrática que hoy tiene América Latina es algo incómoda. Es verdad que la cobertura legal que la OEA le dio al golpe le fue de gran ayuda en un cierto momento, pues dio un semblante de legalidad a su régimen autoritario, que por primera vez entonces con respaldo popular.

Pero ahora que su impopularidad interna y su desprestigio internacional crecen —sobre todo a raíz de recientes escándalos relacionados con asuntos de narcotráfico y violaciones a los derechos humanos— los gobiernos de América Latina comienzan a tomar una cierta distancia con un régimen al que hace apenas unos días una Comisión Internacional de Juristas designada por el State Department acusó en Washington de haber causado “una grave erosión, cuando no la eliminación” de la independencia del sistema de Justicia en el Perú. La excepción ha sido el presidente Gaviria, quien, no contento con invitar oficialmente a Bogotá a su ‘colega’ peruano, lo condecoró, algo que no había hecho ningún gobierno democrático del Continente desde la quiebra de la legalidad constitucional en el Perú. Se comprende el entusiasmo con que el presidente Fujimori promovió la candidatura de Gaviria a la OEA y su alivio al saber que tendrá allí a un amigo, precisamente cuando deba enfrentar, en 1995, el trámite de su reelección, según una Constitución reformada ex profeso por su régimen para hacer posible su permanencia en el poder.

No sólo con el régimen autoritario del ingeniero Fujimori ha mostrado el presidente Gaviria espíritu comprensivo y largueza de moral política; también con la dictadura cubana. El mandatario colombiano invitó una vez a Fidel Castro a hacerle una visita ‘extraoficial’, luego de la que éste hizo a Bolivia para asistir a la toma de posesión del presidente Sánchez de Lozada, y ambos aparecieron ante las cámaras del mundo charlando amigablemente bajo el cielo paradisíaco de Cartagena. ¿De qué conversaban? Por lo visto, no sobre los muchos millones de dólares que ha gastado Cuba en los últimos cuarenta años entrenando y armando las guerrillas colombianas empeñadas en acabar con la siniestra democracia burguesa que permitió llegar a la jefatura del Estado a don César Gaviria, sino sobre el menos espinoso asunto de “cómo integrar a la hermana Cuba a la gran familia latinoamericana” (cita la declaración sobre aquel encuentro de un diplomático colombiano).

De entonces a esta parte, el Gobierno Colombiano ha iniciado una intensa relación comercial con Cuba, a donde hizo varios envíos de petróleo (luego interrumpidos al parecer por las

dificultades que encontraba el régimen castrista para pagarlos), llegando incluso a hablarse de preliminares conversaciones entre ambos gobiernos para la posible instalación en la isla, por Colombia, de una refinería encargada de procesar allí los hidrocarburos de la creciente producción petrolera colombiana. En las difícilísimas condiciones económicas en que se halla el régimen castrista desde el desmoronamiento de la Unión Soviética y la pérdida de los subsidios que de ella recibía, esta actitud de colaboración económica y cordialidad política por parte de un gobierno de impecables credenciales democráticas como es el de Gaviria ha caído como el regalo de un ángel del Castro, quien, no hay que olvidarlo, desde que en los últimos tres años el desmoronamiento económico de Cuba alcanzó niveles poco menos que apocalípticos, se ha descubierto una flamante pasión americanista y ha multiplicado los gestos e iniciativas para que “la pequeña república de Cuba” sea aceptada de una vez por todas por esos gobiernos de “sus hermanas latinoamericanas”, a los que desde 1958 trata de derribar subvencionando, equipando y asesorando a casi todas las organizaciones subversivas y terroristas surgidas en el Continente. Aunque, por lo general, los gobiernos latinoamericanos muestran una gran prudencia respecto al tema cubano, sólo Colombia, con Gaviria, respondió de manera tan abierta y positiva a los flamantes intentos “integracionistas” con los que Fidel Castro intenta apuntalar un régimen que, a simple vista al menos, parecería condenado a asfixiarse en los nuevos aires democráticos que reinan en el hemisferio. Se comprende, pues, la satisfacción del Gobierno de La Habana con la perspectiva de César Gaviria al timón de la OEA cuando menos por los próximos cinco años.

Lo que se comprende menos son las razones que han llevado a Estados Unidos a trabajar con tanto afán y desparpajo para poner al frente de aquella institución, que, en teoría, es el foro político representativo de todos los países de América, al candidato bendecido por un gobierno autoritario y una dictadura marxista. Esto resulta todavía más inusitado, cuando se advierte que, para conseguir la victoria de Gaviria sobre el canciller costarricense, Estados Unidos debió presionar de una manera desembozada (“recurrir a todo tipo de instrumentos y argucias” dijo el canciller Niehaus) a varios países que habían prometido su voto de manera pública a Costa Rica y cuyo volteo de última hora dejó a sus gobiernos en una posición bastante desairada. Todo lo cual llevó al dolido canciller Bernd Niehaus, en su amargo discurso luego de la derrota, a preguntarse si no sería mejor terminar con la simulación de unas elecciones en las que todos los países miembros de la OEA votan pero uno solo de ellos elige y hacer que en el futuro Estados Unidos “siga nombrando directamente a los titulares de todos los cargos”. De este modo, añadió, “nos ahorraríamos tiempo y esfuerzo y también retórica y poesía sobre el respeto a la soberanía de los Estados”.

Las razones para que Estados Unidos haya actuado de este modo deben haber sido muy poderosas, pues no hay que olvidar que, imponiendo a Gaviria, el Gobierno de Washington no sólo ofendía al aliado más fiel que ha tenido en América Latina —acaso el único país del Continente donde nunca hubo sentimientos anti-norteamericanos, ni siquiera en los sesenta, de virulento furor antiimperialista del río Grande hasta Magallanes y a todos los países centroamericanos y del Caribe, que esperaban que hubiera por fin un secretario general de la región, sino a un gobierno, como el de Costa Rica, que tiene las mejores credenciales de Hispanoamérica en los dos temas que el presidente Clinton prometió promover con energía en el hemisferio: la política de derechos humanos y la legalidad democrática. En el primero de estos asuntos, en cambio el presidente Gaviria tiene peores, según la muy respetada America's Watch, organización que apenas dos semanas antes de la elección de la OEA hacía pública una investigación que declaraba a Colombia el país que encabezaba la lista de naciones del

hemisferio donde se violan los derechos humanos, violaciones que, añadía el informe, “son en el 70 por ciento de los casos responsabilidad de la Policía y las Fuerzas Armadas”.

La explicación que los funcionarios de Washington dan es la siguiente: el canciller Niehaus era una figura oscura, sin mayor experiencia internacional, y la OEA requería tener al frente a una figura conocida y enérgica, que dinamizara y diera realce a una institución, que, desde su creación en 1948, ha brillado sobre todo por su falta de creatividad y de reflejos. Esto último es muy cierto, desde luego, pero responsabilizar de ello a la falta de carácter de quienes han ocupado la Secretaría General es confundir el efecto con la causa: si figuras invisibles como Joao Baena Soares llegaron hasta allí fue porque personificaban la mediocridad misma de la institución. El papel de ésta, en la era de los dictadores, fue aprobar ritualmente las decisiones de política latinoamericana del Departamento de Estado y ahora, en la era de las democracias, parece ser más bien la de apoyar, también ritualmente, sus indecisiones y contradicciones. Eso explica su extraordinaria ineptitud para resolver uno solo de los innumerables conflictos que han conmovido al Continente. No fue la OEA sino el presidente Arias de Costa Rica quien hizo posible Esquipulas y la democratización de Nicaragua y no la OEA sino las Naciones Unidas la que promovió y logró la pacificación de El Salvador, para citar sólo dos ejemplos importantes. Y, en cambio, en la única operación de iniciativa propia en que tuvo éxito fue en la de proporcionar una coartada legal al régimen autoritario peruano de Fujimori, legitimando unas elecciones que sustituyeron un Congreso legítimo por uno instrumental. De este modo, la OEA ayudó a fortalecer un modelo autoritario, que estuvo a punto de ser imitado por los intentos golpistas de Venezuela y de Guatemala, que, no lo olvidemos, fueron indirectamente apoyados por la OEA sino por los propios venezolanos y guatemaltecos.

Con estos precedentes, a mí no me convencen aquellos argumentos de que César Gaviria ha sido elegido secretario general de la OEA porque Estados Unidos quiere desentumecer y dar vida democrática a esta institución. Si ello fuera así, el primer paso a seguir por parte del Gobierno de Washington era, en esta elección, resignarse a actuar en la OEA como un miembro igual a los demás y no como “primus inter pares”, como gran elector. Pues, actuando como lo ha hecho, sólo ha conseguido mostrar al mundo el nivel de dependencia en que el organismo se halla de parte de Washington, su naturaleza política ancilar y, por lo mismo, su falta de credenciales para actuar como una institución de veras representativa en favor de la democracia y de la libertad.

Mi sospecha es que la elección del nuevo secretario general de la OEA tiene alguna relación con el áspero debate que se lleva a cabo hoy en Estados Unidos respecto a Cuba. La presión para que el Gobierno Norteamericano levante el embargo es bastante fuerte y en ella están curiosamente hermanados los sectores más liberales con los más conservadores. Aquellos argumentan que es injusto un embargo que aumenta los padecimientos del cubano de a pie y estos que si el gobierno de Fidel Castro se desploma, las consecuencias para Estados Unidos pueden ser aún peores que si consigue sobrevivir y adaptarse a los nuevos tiempos. ¿Una Cuba libre de la noche a la mañana no significaría acaso un millón de inmigrantes cubanos o acaso más en un país donde los sentimientos contra los inmigrantes latinos son crecientemente hostiles? ¿Y está en condiciones ESTADOS Unidos de asumir la costosísima responsabilidad de resucitar esa economía cubana retrocedida a la prehistoria por cuatro décadas de estatismo y colectivismo? ¿El ejemplo de Alemania con esa tarea ímproba y traumática que ha resultado la reconstrucción de Alemania Oriental no es acaso suficientemente disuasoria?

Los hombres de negocios están de acuerdo con este razonamiento. Ellos también se declaran pragmáticos y consideran que una solución tipo China Popular sería acaso la solución para

Cuba: es decir, una isla gobernada por un régimen autocrático en lo político y capitalista en lo económico, que abriría las puertas a empresas privadas para producir y comerciar sin trabas y mantendría el orden social y las fronteras cerradas a los aspirantes a la inmigración.

¿Hasta qué punto este argumento “pragmático” se ha abierto paso en los pasillos del 'State Department' y ha sido vendido a la Administración Clinton? No lo sé. Pero sí sé que, aun cuando esta tesis ha encontrado oídos receptivos, el endeudado gobierno del presidente Clinton no podría llevarla a la práctica de inmediato y de manera explícita sin provocar una respuesta política de alto costo de la comunidad cubano-americana y sus poderosos ‘lobbies’.

Pero el presidente César Gaviria sí podría, desde luego. Desde su flamante cargo de secretario general de la Organización de Estados Americanos y a través de esta institución, él sí podría iniciar aquel proceso, extendiendo a América Latina lo que ha hecho en Colombia, acercando a Cuba a los otros países del hemisferio y facilitando de este modo un futuro ‘modus vivendi’ entre Washington y La Habana. ¿No es la OEA la institución apropiada para dar los pasos necesarios y regresar de una vez al redil de la familia latinoamericana a la hermana descarriada de Cuba? A cambio de algunas concesiones, por supuesto, que barnicen y disfracen todo lo que hay de más impresentable en el régimen, algo que, quien puede dudarlo, Fidel Castro estará dispuesto a conceder a cambio de un reconocimiento internacional, que le garantizaría su supervivencia y haría de él nada menos que el Deng Xiao Ping del Caribe.

Hago fervientes votos porque todos los que defendemos la libertad para el pueblo de Cuba no tengamos que recordar con nostalgia esos buenos tiempos de Baena Soares en que la OEA era sólo inservible.